

¿El cuerpo del analista?¹

Rosa Durá Celma

La elección del rasgo tomado para este cartel, el cuerpo del analista, no es completa si no enmarco el sintagma con signos de interrogación. El interés por saber algo acerca de qué estatuto tiene el cuerpo del analista en el dispositivo analítico nació a partir de uno de esos muchos enunciados de Lacan que, a modo de escabel, empleamos a menudo. La cita se encuentra en el *Seminario 19*:

Cuando alguien viene a mi consultorio la primera vez, y yo escando nuestra entrada en el asunto en algunas entrevistas preliminares, lo importante es la *confrontación de los cuerpos*. Justamente por partir de ese *encuentro de los cuerpos*, estos quedarán fuera de juego una vez que entremos en el discurso analítico. No obstante, en el nivel donde funciona el discurso que no es el discurso analítico, se plantea la cuestión de cómo logró ese discurso atrapar cuerpos.²

Me hizo pregunta esos dos cuerpos que en un momento inicial se confrontan y que, iniciado el juego, dejan de estarlo. ¿Se refiere aquí Lacan al pasaje que hay de las entrevistas preliminares a la entrada en análisis? ¿Qué distinción existe entre el cuerpo que pone el analizante y el del analista? ¿Se puede hablar de cuerpo, además de presencia, en este último caso? Para responder a esto debía profundizar en lo que es el cuerpo, noción que varía a lo largo de la enseñanza de Lacan. El punto de partida se encuentra en el nivel imaginario. Es el cuerpo como imagen, su forma, una construcción mediante la imagen especular que, como dice Miller,³ participa también en la economía de goce. Además de este cuerpo otorgado por la imagen está el cuerpo otorgado por lo simbólico, un cuerpo que forma parte de una serie de significantes. Por medio de una operación mortificante – la incorporación del significante– el sujeto es representado por el significante produciéndose la división subjetiva y la desvitalización del cuerpo. Ninguna de estas dos conceptualizaciones del cuerpo escapa a la pérdida de goce del sujeto, pero todavía resta

¹ El presente trabajo es el producto de un cartel de dos años inscrito bajo el título “Tener un cuerpo”, constituido por José Rubio (Más Uno), Concha Juan, Isabel Soro, Teresa Tabernero.

² Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 19, O peor*, Paidós, Buenos Aires, 2014, p. 224. Los subrayados de esta cita son míos.

³ Miller, Jacques-Alain, “Un real para el siglo XXI”, *Scilicet*, 4, Grama, Buenos Aires, 2014.

por ver un tercer estatuto del cuerpo, aquel que, tras reducir lo simbólico a una elucubración sobre la lengua, Lacan plantea como sustancia gozante. Lo real sonoro de la palabra afecta el organismo dejando una huella corporal, es el goce, que define la matriz del cuerpo hablante, experiencia reducida a puro sentir, pura lengua incrustada en la carne, misterio de la palabra primitiva y del cuerpo primitivo del que surge lo vivo; goce sin imagen posible y sin representación que pertenece al registro de lo real. El lenguaje agujerea el organismo viviente y recorta el objeto *a*, produciendo el cuerpo. Como abrochamiento de este breve itinerario recurriré a una afirmación que Pierre-Gilles Guéguen introduce en uno de sus escritos y que retomaré más adelante al hablar del supuesto cuerpo del analista:

Lo que prende con alfileres al sujeto a su cuerpo, Lacan lo llama el *sinthome*, es además, por otra parte lo real, el agujero horadado por el significante en la compacidad de la sustancia gozante que es cuerpo [...] y [asegura] así un empalme entre el cuerpo real y el cuerpo mixto de imaginario y simbólico.⁴

Cuerpo y presencia

Un analizante acude a un control con Lacan. Tiene miedo de su paciente, su cuerpo reacciona con subidas de tensión arterial y se queda, literalmente, inmovilizado en su butaca. Después de un control con Lacan en el que este introduce un objeto real, el analista en control rectifica su posición subjetiva; su miedo, inhibición y también su tensión se regulan.⁵

Como se aprecia en este caso, el analista, en tanto que *parlêtre*, puede dificultar el acto analítico. El deseo del analista es impuro y es por eso que no siempre puede desactivar su fantasma y vaciar completamente de goce su objeto. El deseo del analista requiere de ese vaciamiento para entrar en función, pero dejar de lado todo lo que nos ocupa como sujetos supone una ascesis, como afirma Vicente Palomera, supone consentir a un modo de ser especial.⁶ El analista, pues, en su función, debe aceptar esa reducción para autorizar el trabajo del analizante y sostener el acto analítico. Es en *Radiofonía* cuando Lacan sitúa

⁴ Guéguen, Pierre-Gilles, "El escabel y el sinthome", Congreso AMP, 2016 (Disponible en internet).

⁵ Razavet, Jean-Claude, "Claro y oscuro. Un control con Lacan", *Freudiana*, 31, 2001, pp. 9-14.

⁶ Palomera, Vicente, "Cómo cura el psicoanálisis", *¿Cómo cura el psicoanálisis?*, Nueva Escuela Lacaniana, Serie Bitácora, Bogotá, 2002, 125.

al analista en posición de santo, que no hace caridad, sino *descaridad*. El santo es el desecho del goce y soporte mismo de un goce Otro, no fálico.⁷

No hay psicoanálisis posible sin los cuerpos en presencia real, el del analizante, pero también el del analista. El sujeto supuesto saber se apoya en el orden significante, pero si solo esa instancia operara sería un análisis sin el correlato esencial de la realidad sexual. La transferencia hay que ubicarla en relación a lo simbólico (alienación, S1, etcétera), pero también en relación a lo real (separación, objeto *a*). En la posición del analista se produce una juntura de lo simbólico y lo real. El analizante instala la posición de saber en el analista, mientras que este instala la presencia real, encarna un lugar, el del vacío que hace percibir la falta de significante en el Otro, el agujero en el saber. El analista se inscribe en esa estructura fundamentalmente distinta del significante que es el objeto *a*, un vacío topológico, y lo hace como una encarnación de este.

El sintagma ‘presencia real’ me interroga y acudo al DRAE para orientarme. La cuarta acepción de la palabra ‘presencia’ remite a representación, ¿representación real, entonces, apunta a la representación de lo que no puede ser representado? Si el analista es eso lo que aporta con su cuerpo, una presencia real, su cuerpo no está ahí como consistencia imaginaria (por más que el analizante le suponga un cuerpo), no está ahí como sustancia gozante. El cuerpo del analista no se goza en la sesión; su cuerpo es una presencia que se encarna, un *estar ahí* que implica saber manejar el semblante para atrapar lo real sin sentido en el caso por caso. Por presencia real, pues, no hay que entender el cuerpo del que goza fuera de su función, sino, como dice Miquel Bassols, la encarnación de “lo que no cesa de no representarse en la realidad psíquica del sujeto... hasta el encuentro, siempre contingente, con el analista”.⁸ El analista deberá saber hacer apariencia, semblante, del objeto que causa la relación del sujeto con su inconsciente, y Hebe Tizio arroja luz sobre el tema cuando afirma que la presencia del analista es necesaria porque con su cuerpo hace de pantalla, vela lo informe y da apoyo para la construcción del objeto fantasmático [...], el analista encarna un real sin ley y presta su cuerpo en el acto: “el cuerpo del analista es lo que permite que haya presencia real en la medida en que entra en escena velada”.⁹ La manera en que el analista pone el cuerpo es con lo que este tiene de real, como agujero sobre el que se mueven las pulsiones. Con su presencia aporta su escucha, donde se anuda

⁷ Lacan, Jacques, “Radiofonía”, *Otros escritos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012, p. 469.

⁸ Bassols, Miquel, “La presencia, real, del analista”, *Cuadernos de psicoanálisis*, 39, 2017, p. 14.

⁹ Tizio, Hebe, “¿Cómo se mantiene la soledad del analista en la práctica”, *El Psicoanálisis*, 17, 2006, pp. 42-43.

el silencio con la pulsión; aporta el objeto voz, un acento, una modulación, un volumen, investida como está por la pulsión del analizante (con esa voz interpreta o emite sonidos). Aporta, asimismo, gestos y movimientos (los testimonios de pase y la presentación de casos están llenos de ejemplos de ello). Finalmente, su presencia aporta el objeto escópico, que convendrá o no que esté presente, según los casos. El analista está ahí para dejarse investir por el objeto de goce del analizante.

En el texto que introducía el tema del X Congreso de la AMP, Miller afirmaba que el analista tiene cuerpo, tiene inconsciente, pero no opera con ellos en el análisis. Y añadía que el cuerpo hablante está dividido en cuanto a su goce, por un lado goza de sí mismo, se goza, y por otro goza de la palabra. El goce fálico le conduce al escabel, mientras que el goce del cuerpo es el que sostiene el *sinthome*. Y es en este punto en el que la pregunta sobre de qué goza un analista en la posición de analista me adviene. No solo el síntoma del analizante es el que está en juego, también el del analista, pero el síntoma después de haber sido *tratado* en su análisis. El analista no analiza sin su *sinthome*, que pienso estrechamente trabado al deseo del analista, y la pregunta acerca del goce de un analista en su posición de analista no tiene más respuesta que la que cada uno de nosotros sea capaz de articular en torno a ese uso particular que define su estilo y su hay de lo Uno cuando toma la posición de analista.

rosa.dura@uv.es

Bibliografía

Bassols, Miquel, “La presencia, real, del analista”, Cuadernos de psicoanálisis, 39, 2017.

Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 19, O peor...*, Paidós, Buenos Aires, 2014.

Lacan, Jacques, “Radiofonía”, *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

Tizio, Hebe, “¿Cómo se mantiene la soledad del analista en la práctica?”, *El psicoanálisis*.

La soledad del psicoanalista. La práctica analítica, 17, 2006.

Miller, Jacques-Alain, “Un real para el siglo XXI”, *Scilicet 4*, Buenos Aires, Grama, 2014.

Guéguen, Pierre-Gilles, “El escabel y el *sinthome*”, Congreso AMP, 2016 (disponible en internet).

Razavet, Jean-Claude, “Claro y oscuro. Un control con Lacan”, *Freudiana*, 31, 2001, pp. 9-14.

Palomera, Vicente, “Cómo cura el psicoanálisis”, *¿Cómo cura el psicoanálisis?*, Nueva Escuela Lacaniana, Serie Bitácora, Bogotá, 2002, 125.